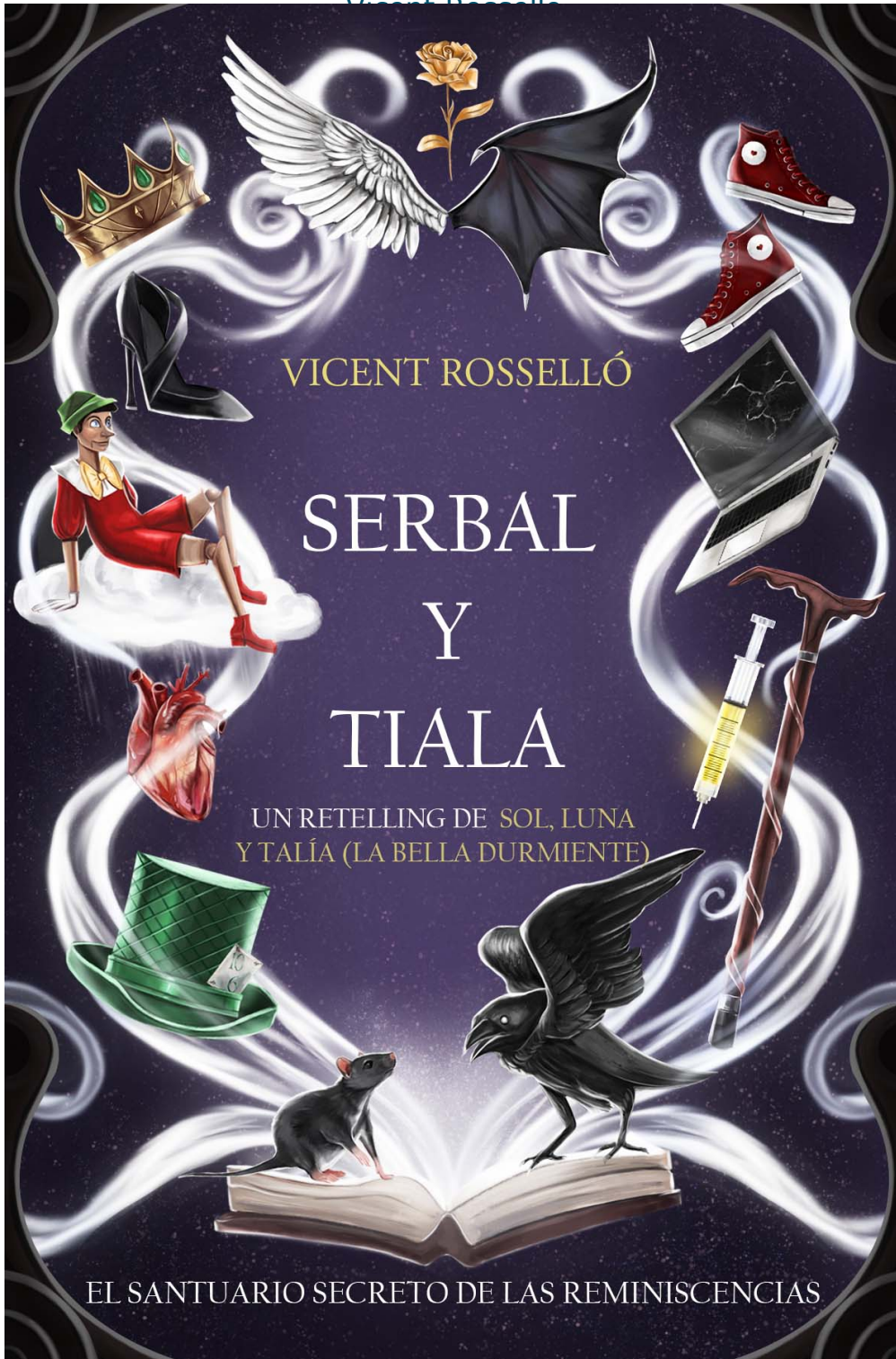


SERBAL Y TIALA (El Santuario Secreto de las Reminiscencias)

Vicent Roselló



Capítulo 1

Sobre la obra

¡Saludos, lectoras y lectores! Quería daros la bienvenida a una nueva historia, una un tanto..., diferente a *El Fragmento Ámbar*. La obra que os presento a continuación, de título *Serbal y Tiala*, se trata de un relato breve, un *retelling* basado en el cuento *Sol, Luna y Talía*, de Giambattista Basile, que más adelante sería adaptado por Perrault y posteriormente también por los Hermanos Grimm como *La bella durmiente*. Esta versión de la historia que os quiero presentar hoy tiene la particularidad de que transcurre en el momento presente, es decir, en nuestros días.

Este relato forma parte de un proyecto que se organizó entre varios autores de la plataforma y que además trabajamos con la misma editorial (Nova Casa Editorial), cuyo nombre es *El Santuario Secreto de las Reminiscencias: Historias de siempre contadas como nunca*. Al final de esta historia encontraréis el listado de los autores que han participado en este proyecto. ¡Os animo a que leáis también sus relatos!

¡Ah!, por cierto, si no estáis familiarizados con la palabra *retelling*, os cuento que viene del inglés "retell" o "volver a contar". Este género literario toma como base historias de dominio público como los grandes clásicos, mitos o leyendas (entre otros) y crea nuevos textos ficticios relacionados de alguna forma con ellos. Existen *retellings* que narran continuaciones de otras historias, que le dan un nuevo giro a lo que ya conocemos o que usan los ejes de la trama original para contarnos algo completamente distinto. Hay *retellings* basados en personajes históricos, *retellings* de mundos fantásticos y muchísimo más. Es un género que intenta revivir historias que podrían caer en el olvido con el objetivo de que un nuevo público pueda disfrutarlas.

Así pues, sin más dilación, os dejo con *Serbal y Tiala*, mi *retelling* del cuento *Sol, Luna y Talía*, que como os decía, es la historia en la que se basó el popular cuento de hadas de *La bella durmiente*. ¡Espero que os guste!

Capítulo 2

SERBAL Y TIALA

Ring. Ring. Ring.

Serbal abrió los ojos con pesadez y pestañeó, tratando de enfocar la vista. Intentó levantarse del sofá, pero sintió un pinchazo de dolor en la cabeza, dio un respingo y se dejó caer de nuevo entre los mullidos cojines que lo rodeaban. El teléfono seguía sonando al otro lado de la habitación, su repiqueteo le martilleaba los tímpanos. Serbal se llevó los dedos a las sienes y se las masajeó, tratando de aliviar su migraña.

—Dios, cállate ya... —musitó él con voz pastosa—. ¡Que te calles, joder!

Como si el aparato pudiera escuchar sus órdenes, el campanilleo se detuvo. Pero no había vuelto Serbal a cerrar los ojos cuando sonó de nuevo.

Ring. Ring. Ring.

Maldiciendo a la madre de aquel que estuviera al otro lado de la línea, Serbal hizo el titánico esfuerzo de levantarse del sofá con un gruñido. Delante de él, la televisión mostraba imágenes de una película de acción en marcha en la que se podía ver a una mujer rubia vestida con un mono de motociclismo amarillo y armada con una espada japonesa, repartiendo tajos a diestro y siniestro.

«Kill Bill... ¿será la primera o la segunda?», se preguntó Serbal mientras rodeaba el sofá para dirigirse hacia el teléfono que no paraba de perforar su cabeza como si de un taladro industrial se tratara. Se acercó al aparato y lo descolgó al fin.

—¿Hola? ¿Hola?

Le respondió un largo pitido que indicaba que la conexión se había cortado. Serbal colgó el teléfono de un golpe y volvió a acordarse de los antepasados de quien fuera que estuviera llamando. Quedó en silencio unos segundos y miró a través la ventana que había en la pared de enfrente. Al otro lado del cristal se veía el cielo azul y despejado. El sol brillaba en lo más alto. Serbal emitió un sonoro y desganado bufido y se dirigió pesadamente hacia el baño. Abrió la puerta, encendió la luz parpadeante y se miró al espejo.

—Te estás haciendo viejo, cabrón —dijo a su reflejo ojeroso.

Y no se equivocaba. La camiseta interior que vestía, que algún día debió de ser blanca, no atinaba a esconder el ombligo que coronaba una oronda barriga que en los últimos años no había hecho más que crecer. Su rostro, cubierto por una barba entrecana de varios días, lucía una piel arrugada y desmejorada por los años. El escaso cabello que le quedaba sobre la cabeza se alejaba cada vez más de su frente, como la marea cuando se retira de la orilla.

Serbal se rascó la papada, cargó un gargajo y lo escupió en el lavabo. Se bajó los calzoncillos bóxer y dejó que sus nalgas se posaran con suavidad sobre la superficie helada de la taza del váter.

Ring. Ring. Ring.

—¡Esto tiene que ser una broma!

Mientras el teléfono sonaba y sonaba, Serbal se levantó del inodoro, se subió el bóxer y se dirigió a toda prisa hacia la sala. Una vez junto al mueble en el que se encontraba el aparato, lo descolgó y se lo acercó a la oreja.

—¿Sí? ¿Hola? —preguntó.

—¡Ya era hora, gordo cabrón! —Se oyó desde el otro lado de la línea—. He intentado llamarte mil veces.

—¿Quién es? —inquirió Serbal, dubitativo.

—¿Qué pasa? ¿Es que si no me ves en una foto tirándome a una puta no me reconoces?

—Ah... eres tú —respondió Serbal mientras una sonrisa se le dibujaba en el rostro—. ¿Qué quieres?

—Quiero que dejes de hacerme chantaje de una puta vez —espetó la voz—. Y que borres esas malditas fotos.

—¿Y qué vas a ofrecerme a cambio de ese tremendo favor?

—Un trabajo. ¿Dijiste que estabas buscando, no?

La mirada de Serbal se dirigió instintivamente hacia la mesita del salón, sobre la que había una pila de sobres con letras rojas grabadas en el envoltorio.

—Sí, estoy buscando. ¿Qué tienes?

—Antes, necesito tu palabra de que borrarás las fotos —exigió la voz al otro lado de la línea—. Por favor. Solo fue una vez, iba borracho y...

—No me interesan tus excusas —interrumpió Serbal—. ¿De qué trabajo se trata?

—Dijiste que eras camillero, enfermero o algo así, ¿no? Pues resulta que en un club al que pertenezco se rumorea que hay un millonario, también miembro, que está organizando una pequeña clínica privada en su casa. Para su hijo, hija o algo así, y está buscando personal calificado para trabajar allí.

Serbal se rascó la barba mientras cavilaba.

—¿Millonario, eh...? ¿Cuánto paga?

—No te lo puedo decir seguro, pero mis amigos del club dicen que ofrece tres mil quinientos euros al mes por treinta horas de trabajo a la semana. Y eso es el sueldo de los asistentes y camilleros. Ni me imagino lo que ese tipo debe pagar a los médicos y especialistas.

—¿Que... qué? —balbuceó Serbal—. ¿Cuánto?

—Te digo que no lo sé seguro —respondió su interlocutor—. Es lo que he oído. Podría ser menos, pero si el tipo es millonario, me imagino que poco no pagará. ¿Te interesa?

—Sí, joder, claro que me interesa. ¿Con quién tengo que hablar?

—Antes de eso, cabrón, ya sabes lo que quiero.

—Sí, sí. Borraré las fotos —prometió Serbal.

—Lo harás delante de mí, que yo lo vea —replicó el otro—. Y entonces te pasaré el contacto.

—¿Quién te dice que no he hecho copias de las fotos por si acaso?

—No lo harás, a no ser que quieras que llegue a oídos de nuestro amigo el millonario que al cabrón de Serbal le gusta espiar a la gente en su puta intimidad y sacarle fotos para cascársela luego en casa y chantajear. ¿Entiendes lo que digo?

Serbal sonrió de nuevo.

—Entiendo.

Serbal se rascó una mejilla, irritada todavía a causa de un afeitado que hacía semanas que su piel no había conocido. Se secó el sudor de la frente con el puño de la camisa y se aflojó un poco el cuello. No se había vestido de traje y corbata en tres años, desde que asistió a la boda de un primo. Sin embargo, durante aquel tiempo, Serbal había engordado, por lo que el conjunto le quedaba un tanto apretado.

—Vamos, señor Conrad, por aquí.

La mujer a la que él seguía empezó a caminar por un amplio pasadizo de suelo enmoquetado y paredes pintadas de colores claros sobre las que colgaban numerosas pinturas. Cuando llegaron al fondo del pasillo, encontraron una escalera de mármol flanqueada por pasamanos bañados en oro y plata. La mujer que le guiaba comenzó a subir sus escalones, y detrás de ella lo hizo Serbal.

La jefa del personal de la mansión del conde Friedrich von Holstein, que se hacía llamar señora Krumm, era una mujer entrada en años, delgada como una caña y arrugada como una pasa. El pelo, a medio camino entre castaño y cenizo, lo llevaba recogido en un moño alto y prieto.

«Esta tipa me recuerda a esa... ¿cómo se llamaba? La de las películas aquellas, la que hacía magia y tenía cara de estreñida», rumió en su mente mientras subía un peldaño tras otro «¿McDougagall? ¿McGorrogall?».

Todavía batallaba en su interior para encontrar el nombre cuando la aludida llegó a lo alto de la escalera y se detuvo en el rellano del segundo piso.

—A partir de aquí estamos en la parte que corresponde a la clínica que el conde ha preparado para su hija —dijo ella mientras cruzaba los dedos sobre la parte baja de su vientre—. Sígame, señor Conrad.

Aquella parte de la mansión difería radicalmente de lo que él había visto en el piso inferior. Las paredes estaban decoradas de forma mucho más frugal, eran de color blanco y el suelo era de baldosa clara en lugar de moqueta. Los amplios ventanales del piso inferior, que daban al extenso terreno que rodeaba la mansión, brillaban también por su ausencia en el

superior, cuyas ventanas eran mucho más pequeñas y discretas.

Al final del recorrido, llegaron ante una puerta de roble con pomo dorado que había al fondo del pasillo. Krumm se detuvo frente a ella.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Serbal.

—Ahí está ella —respondió la mujer.

—¿Tiala?

—Así es. Pase, por favor.

La estancia en la que tenían a la niña no se parecía en nada a una habitación de hospital. De hecho, si no hubiera sido por los aparatos médicos que rodeaban la cama de la muchacha, Serbal habría pensado que se trataba de la suite imperial del hotel más lujoso de la ciudad. Prácticamente tan grande como su piso entero, la sala era rectangular y espaciosa. Nada más entrar, a la izquierda había una puerta corrediza de cristal que daba al baño, pero la señora Krumm pasó de largo. Al fondo de la habitación había una amplia ventana que ocupaba toda la pared, a través de la cual se apreciaba una vista arrebatadoramente bella del terreno circundante a la mansión, bañado por la luz del sol, que brillaba con fuerza en el cielo despejado. Junto al ventanal había dos sofás de cuero oscuro colocados en forma de «L» y, frente a estos, un sillón del mismo material que parecía más cómodo que cualquier cama que Serbal hubiera probado.

En la pared que quedaba a la izquierda había una hilera de muebles de madera oscura que parecían estar destinados a almacenar material médico diverso como gasas, pomadas o pañales. En frente, a mano derecha, estaba la cama de tamaño matrimonial sobre la que reposaba la muchacha.

Serbal siguió a la señora Krumm y se acercó a ella.

Tiala era joven, muy joven. «Demasiado», pensó Serbal. No debía tener más de veinte años, pero estaba tan delgada y pálida que aparentaba muchos menos. El pelo, rubio y lacio, le caía suavemente sobre los hombros y su expresión era de profunda paz. Sobre sus labios blanquecinos reposaba una máscara de oxígeno.

—Señor Conrad, los presento. Ella es Tiala von Holstein, su paciente —dijo Krumm, acariciando con cariño la mejilla de la muchacha dormida.

—¿Qué le pasó para quedar así? —preguntó Serbal—. Es muy joven.

La mujer guardó silencio durante unos segundos, suspiró con melancolía y lo miró.

—Siempre fue una niña muy... problemática. Desde que era pequeña —explicó—. Cuando tenía dieciséis años se escapó de casa y se comenzó a juntar con malas compañías. Terminó bajo la influencia de las drogas y pronto se volvió adicta; pasó de las más suaves a las más fuertes. Por lo visto, una noche tuvo una sobredosis de heroína. Después de pincharse, cayó profundamente dormida y no volvió a despertar. Por suerte, un «amigo» suyo, si es que se les puede llamar amigos a esos desgraciados, llamó a una ambulancia y la trasladaron al hospital. Allí consiguieron estabilizarla, pero no recuperó la consciencia. Los médicos consiguieron contactar con su padre, que la sacó del hospital y la trajo aquí, a la mansión. Y desde entonces ha estado buscando a los mejores médicos, especialistas y terapeutas para intentar que se recupere y que despierte.

—Vaya... qué triste —lamentó Serbal.

—En efecto —asintió Krumm—. Y usted está aquí para ayudar. Venga conmigo, si es tan amable.

La mujer se sentó en uno de los sofás que había junto a la ventana, Serbal hizo lo mismo en el sillón que quedaba en frente. Encima de la mesilla de madera que había entre ambos reposaba una carpeta de la que la señora Krumm sacó varios documentos.

—A ver... Serbal Conrad, aquí está. —Ella sacó una hoja del montón—. Aquí dice que tiene usted formación de camillero y asistente de enfermería. ¿Con qué experiencia cuenta?

—Trabajé siete años en una residencia de ancianos y otros tres en una clínica de rehabilitación de pacientes de traumatismos graves —explicó—. He cambiado más pañales y estimulado más músculos viejos y fofos de los que nunca me habría imaginado.

—Ajá, perfecto... —dijo Krumm para sí mientras repasaba el currículum—. ¿Veo que también hizo un internado en un hospital universitario?

—Sí, pero solo durante seis meses —respondió él—. Digamos que el jefe de personal y yo tuvimos un... malentendido sobre lo que significaba una «hora extra».

—Bueno, ese problema no lo tendremos aquí, señor Conrad —dijo ella levantando la vista—. Las jornadas son de treinta horas, ni una más ni una menos. Media hora antes de que acabe su turno ya habrá llegado a la mansión su relevo, por lo que habrá un pequeño margen para que nadie

tenga que quedarse más tiempo del estipulado.

—¿Y qué hay de...? Bueno, ya sabe.

—¿El sueldo? Tres mil quinientos euros al mes, netos —respondió Krumm—. Comenzaremos con un contrato de prueba de un mes tras el cual decidiremos si lo prolongamos indefinidamente o si lo resolvemos. El pago por el mes de prueba será igual que el de cualquier otro mes. ¿Satisfacen estas condiciones sus intereses, señor Conrad?

—Sí, sí —se apresuró a responder él.

«Joder, vaya que sí», añadió para sí.

—Perfecto. Puede empezar mañana mismo. A usted le tocará el turno nocturno con Tiala. De lunes a jueves entrará a medianoche y terminará a las seis de la mañana. Es decir que empieza hoy a medianoche. Sus tareas serán: vigilar que sus constantes vitales sean óptimas, cambiarle los pañales si así lo ve necesario y avisar al doctor de guardia en caso de que detecte alguna irregularidad. También le deberá practicar una serie de masajes y ejercicios terapéuticos cuyos procedimientos se detallan en esta carpeta que le dejo aquí. ¿Alguna pregunta más?

Serbal negó con la cabeza.

—Perfecto. Ahora le daré una serie de documentos para que los firme. Se trata de cláusulas de confidencialidad y documentos similares —añadió Krumm, satisfecha.

—Entiendo.

Al cabo de veinte minutos a Serbal le dolía la muñeca por tanto firmar. Siguiendo el ejemplo de la señora Krumm, se levantó de la butaca y estrechó la mano arrugada que esta le ofrecía.

—Hasta esta noche entonces —se despidió él.

—Una cosa más, señor Conrad.

—¿Sí?

Krumm hizo una pausa.

—El conde insiste en que todo el personal que trabaje alrededor de Tiala debe... hablarle constantemente —terminó por decir.

—¿Hablarle? ¿Cómo que hablarle? Pero si está...

—Se trata de una terapia que le ha recomendado un médico amigo suyo, una eminencia en lo que refiere a pacientes en estado comatoso. Uno de los mejores del mundo —explicó Krumm—. Sostiene que, si se les expone a estímulos auditivos externos, esto puede ayudar a activar la actividad cerebral y podría llegar a provocar que el paciente despertara. Así que, durante todo el tiempo que esté junto con Tiala, deberá conversar con ella como si pudiera escucharle. Me temo que es una condición indispensable para trabajar con nosotros, así que dígame. ¿Acepta, señor Conrad?

El aludido se encogió de hombros, asintió y estrechó la mano arrugada de la mujer una vez más.

Serbal se sentía mucho más a gusto con la bata sanitaria que con el traje que había vestido aquella misma mañana para la entrevista la jefa de servicio de la mansión del Conde von Holstein. Había llegado a la impresionante vivienda a las 23:15, a pesar de que no debía hacerlo hasta las 23:30, había dejado sus pertenencias en el pequeño despacho del jefe de seguridad en la planta inferior y se había vestido y preparado para su turno. Cuando faltaban quince minutos para que este empezara, se había dirigido hacia la habitación de Tiala y, tras conversar brevemente con el terapeuta que había estado con ella el turno anterior, pronto se quedó a solas con la joven.

En menos de diez minutos Serbal había revisado que las constantes vitales que marcaban los aparatos médicos alrededor de la cama fueran buenas y que el pañal estuviera limpio. Ojeó la carpeta que la señora Krumm le había facilitado, donde se explicaban los masajes y ejercicios que debía practicarle a Tiala, pero terminó por dejarlos a un lado. Eran extremadamente fáciles; además, no debía realizarlos hasta unas horas más tarde.

«Pues ya he hecho todo lo que tenía que hacer».

Fue a sentarse en los sillones para ojear las revistas que reposaban sobre la mesa. Fuera, al otro lado de los ventanales, comenzó a escucharse el repiqueteo de la lluvia que comenzaba a caer. Pero cuando su trasero estaba ya rozando el cuero del sillón, la voz de Krumm acudió a su pensamiento. «Durante todo el tiempo que esté junto con Tiala, deberá

conversar con ella como si pudiera escucharle».

«Mierda, me había olvidado de eso».

Se alejó del sillón y se volvió a acercarse a la cama sobre la que yacía la joven durmiente.

—Eh... hola. —Se quedó callado por unos segundos, como esperando una respuesta que no llegó.

«No te va a contestar, Serbal. Simplemente habla».

—Hola, hola. ¿Qué tal? ¿Qué...? ¿Es cómoda la cama?

Se cubrió el rostro con una mano.

«Pues menos mal que no puede escucharte, imbécil».

Resopló, se frotó los ojos y se acercó de nuevo al sillón. Fue a sentarse en él, pero se lo pensó unos instantes y decidió arrastrarlo hacia la cama. Se sentó luego mirando hacia la misma pared que miraría Tiala de haber tenido los ojos abiertos y rumió por algunos momentos.

—Me han dicho que te tengo que hablar todo el tiempo, como si pudieras escucharme —dijo de pronto. Se había dado cuenta de que, si no miraba directamente a la muchacha inconsciente, hablarle se le hacía más fácil—. Si quieres que te sea sincero, me parece una gilipollez. He tratado a cientos de pacientes en estado vegetativo como tú, y te puedo asegurar que a la gran mayoría de ellos sus familiares les contaban las mil y una, y por cada uno que terminaba despertando, otros diez no lo hacían. Pero oye, tampoco te quiero desanimar. Tu señor padre así lo quiere, así que aquí está Serbal, hablando con una niña que no es mucho más que una patata que caga, mea y gasta electricidad. Supongo que te puedes permitir alguna que otra gilipollez cuando eres millonario.

Se detuvo y ponderó lo que estaba diciendo.

«Joder, pues menos mal que no me oye. Ni ella, ni la vieja McGorragall ni Don Conde Remilgado, o no duraría aquí ni dos telediarios».

—Sinceramente, niña, no te voy a juzgar —continuó al cabo de poco—. Pero me parece una estupidez bestial que te hayas arruinado la vida de esta manera. Todo por meterte veneno en el cuerpo. Que si naces en la pobreza, en la ruina, no tienes casa ni para comer... pues a ver. No es que lo entienda, pero un poco más de sentido sí tiene. ¿Pero tú? ¿Qué problema tenías tú? Lo tenías todo. Lo tenías todo y lo echaste por la borda por la mierda que te metiste en el cuerpo. Caíste dormida para

siempre por el pinchazo de una aguja.

»Tenías una casa, o más de una lo más seguro... Irías a las mejores escuelas, tendrías amigos. Tenías un padre que te quería, que seguro que era de los que te regalaría un puto poni si se lo pedías por el cumple. ¿Sabes lo que yo tenía por mi cumple? Una hostia. Con suerte una. Y si no un par más, ya que según mi señor padre, «si no, no aprendes». Una joya, el hombre. Cuando le explotó el corazón al hijo de la gran puta no sabía si poner eso en su lápida o poner «la vida te va a dar hostias como panes, así te vas acostumbrando». Y aun así me las apañé para terminar estudiando un módulo de formación, y luego otro, y aquí nos ves. Serbal, el gordo cabrón, cuidando de Tiala, la niña dormida. No seré millonario como tú, pero al menos puedo caminar, beber, comer y follar si me apetece.

«Bueno, eso último...».

Se detuvo a pensar sobre lo que estaba diciendo. De pronto, sintió un deje de remordimiento, se rascó la cabeza y se levantó. Se ubicó a los pies de la cama y levantó la mirada hasta Tiala, que seguía recostada con semblante plácido.

—Bueno... perdona, igual me he pasado un poco ahí —se disculpó—. No es todo tan fácil aunque seas millonario. Y ahora que lo pienso, quizá tu relación con tu padre no era tan fabulosa si nunca se preocupó por traerte a casa antes de que te pincharas. ¿Qué te debió pasar para que decidieras escaparte de casa del Conde Remilgado? No te molesta que le llame así, ¿verdad? No, seguro que no. Seguro que te reirías. Oye. —A Serbal se le había ocurrido una idea—. ¿Te gusta la música? Podríamos escuchar un poco de punk si quieres. Es música de rebeldes, seguro que te mola mucho. Voy a...

Serbal se palpó los bolsillos y de pronto lo recordó.

—Ah... mierda. Claro, te hacen dejar el móvil en la entrada. Por lo de la confidencialidad y eso. ¿Qué se creen?, ¿que me voy a dedicar a sacarte fotos y cosas así? No soy un puto enfermo. Mañana traeré un iPod viejo que tengo por casa. No lo he utilizado en años, pero creo que aún funciona. Eso y un altavoz de estos pequeños, y nos montamos aquí una fiesta que te cagas. En voz baja, eso sí. Que como nos escuche Doña Pasa todavía me cae una bronca por tu culpa.

Cuando la puerta se cerró y Serbal se aseguró de que el terapeuta que hacía el turno anterior al suyo se había marchado, se acercó a toda prisa a la cama donde la joven en coma yacía y se agachó.

—Tiala, Tiala —dijo mientras se arremangaba una pierna del pantalón—. Tengo buenas noticias. ¿Te acuerdas que te dije que ayer se cumplía un mes desde que entré a trabajar aquí? ¡Pues Doña Pasa me acaba de decir que me prolongan el contrato! ¡Que están muy contentos con mi trabajo! ¿No te parece increíble? Hay que celebrarlo.

Del tobillo izquierdo, escondido bajo el calcetín, se sacó el pequeño iPod que traía consigo siempre que podía, mientras que del derecho sacó una petaca de Jägermeister. Se incorporó y se quedó mirando la etiqueta de la botella.

—Hacía tiempo que no bebía esto —musitó—. Pero la ocasión lo merece, ¿no? Venga, no pasa nada. Un día es un día.

Tras hacer las comprobaciones rutinarias sobre las constantes vitales de Tiala, Serbal se acercó a los sillones que había al fondo de la habitación, junto a la ventana. Al otro lado del cristal el viento aullaba, fiero y salvaje, agitando las copas de los árboles como si un puño gigante los estuviera sacudiendo. Serbal colocó el iPod encima de la mesilla y conectó el pequeño altavoz que traía en un bolsillo de la bata. Después de buscar por algunos minutos, comenzaron a sonar los acordes de la canción *God save the Queen*, de los Sex Pistols. Serbal bajó un poco el volumen del aparato y se alejó de la mesa, hacia la cama de Tiala, mientras con la cabeza seguía el ritmo de la canción y con las manos fingía estar tocando una guitarra eléctrica.

—Te gusta, ¿eh? Sí, sí, mira. —Señaló los aparatos que registraban las constantes de la muchacha—. Siempre que te pongo música punk se te acelera el pulso. Sabía que eras de las mías, pequeña. Una rebelde sin causa.

Bailó durante algunos minutos más al ritmo de las guitarras y de las baterías, y cuando la canción terminó y comenzó una nueva, se sentó entre risas en una silla que había junto a la cama. Su mano encontró la petaca de Jägermeister en el fondo del bolsillo de su bata, así que la sacó y la destapó.

—No sé cuánto hacía que no tomaba Jäger —dijo, dejando que el aroma dulzón del licor ascendiera por sus fosas nasales—. En aquella época se me iba un poco la olla y le daba mucho, demasiado. Pero bueno, hoy no es así, ¿verdad que no, Tiala? Hoy solamente es una pequeña celebración entre amigos. —Miró a la chica y alzó la botellita—. Por mucho más tiempo

juntos.

Sus labios besaron la boca del recipiente y el oscuro licor que había en su interior se deslizó directo hacia su garganta. Serbal tragó y miró la botella, sintiendo al instante que el calor y la euforia se extendían por su pecho. Dio un segundo trago, más corto que el primero, y se recostó hacia atrás en la silla.

—Oh, sí, joder... Esto es lo bueno. Te ofrecería un poco, pero no creo que sea apropiado. Por lo del coma y eso. Dios, no recordaba que estuviera tan bueno. —Dio otro trago—. La primera vez que probé el Jägermeister... tenía trece años. Mi padre, como todas las noches, se había quedado dormido en el sofá, borracho como una cuba. La botella de Jäger se le había caído al suelo y se estaba derramando toda. Como sabía que si se despertaba y se encontraba aquel desastre me pegaría una paliza, me puse a limpiarlo a toda prisa. Y no sé cómo, de repente estaba en mi habitación con más de media botella de Jäger en mis manos. Allí empecé.

»Por suerte, papá era uno de esos borrachos con amnesia, así que cuando se despertaba nunca sabía cuánto había bebido o dejado de beber, así que yo empecé a beber a sus espaldas. Empecé a robarle uno o dos tragos de cada botella que traía, hasta que empecé a robarle botellas enteras. Recuerdo una vez que me llené la cantimplora del instituto con vodka en lugar de con agua. Dios, no te puedes imaginar, Tiala, lo borracho que terminé aquel día.

Serbal dio otro trago a la botella. El camillero trató de acomodarse en la silla, pero no terminaba de encontrar una postura que le complaciera.

—Luego... lo que... pasó... ay. —Se levantó con un leve tambaleo—. Estas sillas son... son una mierda. ¿No te importa si me pongo contigo, verdad? Tu cama es muy grande. Pero shhh. Que no se entere Doña... Doña Pasa.

Serbal se acercó a la cama donde yacía la durmiente y trepó por un lado. Teniendo cuidado de no caer bajo los cables que conectaban a la joven a los aparatos médicos que había alrededor de la cama, se acomodó sobre el amplio colchón, cerca de Tiala pero sin llegar a tocarla.

—Mucho mejor. ¿Por dónde iba? —Dio otro trago—. Ah, sí. Lo de mi padre y eso. Pues cuando pasó lo del vodka me mandaron a un internado, ¿sabes? Le quitaron la custodia a mi padre. Creo que él no llegó ni a enterarse de que yo no estaba, porque nunca vino a ninguna citación ni a nada. Cuando me hice mayor decidí dejar la bebida... por una mujer. Estuvimos juntos un tiempo. Caroline, se llamaba. Ya te había hablado de ella alguna vez, ¿no? Pero al final me enteré de que la muy puta me la pegaba con un compañero del trabajo. Solo mentiras... y desde entonces, nada, ¿sabes? Ninguna mujer se quiere acercar a mí. No tengo pareja, ni

amigas... ¿Qué dice eso de mí? Estoy más solo que la una, joder.

—«Yo estoy contigo, Serbal».

El camillero dio un brinco y se incorporó de la cama, mirando a su alrededor, confuso. La cabeza le daba vueltas, por lo que dio otro trago a la petaca como para tratar de serenarse. No había nadie más en la habitación aparte de ellos dos.

—¿Pero qué... qué coño...? —se volvió hacia Tiala, que reposaba junto a él. La joven seguía como siempre, pálida como la luna y con los ojos cerrados—. ¿Has sido tú la que ha hablado?

—«Sí».

«Es ella». Aunque sus labios no se movían cuando hablaba y sus ojos seguían cerrados, la voz solo podía ser suya.

—¿Puedes escucharme? —preguntó, indeciso.

—«Pues claro. Desde el primer momento que viniste con Doña Pasa. Puedo escucharlo todo. Todo. Y no sabes el coñazo que me dan mis otros cuidadores. Pero tú... tú eres mi favorito, Serbal».

—¿De verdad? —Serbal sonrió febrilmente—. ¿De verdad te gusta... estar conmigo?

—«Por supuesto. Eres el único que me entiende. El único que ha sabido ver lo podrida que está mi familia en realidad.»

—¿Podrida? ¿Por qué podrida?

—«¿Crees que eres el único al que su padre maltrataba? Quizás a mí nunca me dio una paliza... pero desde que mi madre se fue, fui relegada a un segundo plano en todos los aspectos».

—¿Y por qué huiste de casa? —preguntó Serbal, que se había vuelto a recostar junto a la durmiente. Se colocó en posición fetal, más cerca de Tiala y le pasó una mano por encima del vientre.

—«Necesitaba escapar, dejar atrás esta prisión de oro. Necesitaba vivir y ser libre».

—Pero no tendrías que haber caído en las drogas, Tiala —replicó Serbal, al mismo tiempo que daba otro trago a la petaca—. Mírate ahora..., Dormida para siempre por el pinchazo de una jeringuilla.

—«¿Es que todas las decisiones que tomaste tú con dieciséis años fueron acertadas, Serbal? Antes me has confesado que te convertiste en alcohólico a los trece años. A los trece».

—No... yo no...

—«¿No qué? ¿No eres un alcohólico? Mírate, Serbal. Has conseguido un buen trabajo, uno por el que te pagan lo que no te iban a pagar en la vida, y cuando apenas hace un mes que estás aquí, te traes una botella de Jäger y te emborrachas cuando estás cuidando a tu paciente».

—Yo no me he emborrachado... —Serbal fue a beber de su petaca, pero se dio cuenta de que se había terminado—. Solo era para... para celebrar que me han contratado y que podremos estar juntos mucho más tiempo.

—«Sabes la verdad tan bien como la sé yo, Serbal. Eres un borracho. Igual que tu padre».

—¡No! ¡No, basta, cállate! —Serbal se incorporó de golpe y de un bote se puso encima de Tiala. Con las rodillas a ambos lados de su menuda cadera, le puso las manos sobre los hombros y la sacudió ligeramente—. ¡Te he dicho que te calles! Tú no sabes nada de mí, ni de lo que he pasado.

—«Lo sé todo sobre ti, Serbal. Sé, como sabes tú, que no fue Caroline la que te dejó. Fuiste tú quién la apartaste de tu lado hacia los brazos de Stefan, con tu desidia y tu adicción a la bebida. ¿O crees que Caroline no sabía que seguías bebiendo a sus espaldas? La apartaste igual que has hecho con todas las otras mujeres que han tenido la ingenuidad de darte una oportunidad. Dime, Serbal. ¿Cuánto tiempo hace que no has estado con alguien con quien no hayas tenido que pagar? Por lo que estoy notando... hace bastante».

En cuanto Tiala lo dijo, Serbal también se dio cuenta. Por la postura en la que habían quedado, su entrepierna rozaba ligeramente con la de la muchacha, y el roce había despertado algo bajo los pantalones de uniforme de Serbal; un bulto que crecía y crecía.

—No, yo... lo siento —dijo, aunque no se movió ni un centímetro de donde estaba—. Yo no quería...

—«Claro que querías. Pero no pasa nada. Querías esto desde el primer momento en que me viste, aquí tumbada, indefensa. Sin poder decirte que no a nada. Tan joven e inmaculada... como una princesa de los cuentos, esperando el beso de un príncipe azul para despertar».

—No... no... —Al camillero le ardía la cara de la vergüenza.

—«Está bien, Serbal. Yo no me iré cuando termines. Yo seguiré aquí. Vamos, hazlo ahora, ¿a qué esperas? Hazlo».

Con los ojos cerrados, Serbal sacudió la cabeza en un intento por detener el tren incontrolado de pensamientos que emborronaba su juicio, pero antes de que se diera cuenta de lo que hacía, se había bajado los pantalones a la altura de las rodillas, y unos instantes después cayeron también los de Tiala.

Tras llegar a la mansión del conde von Holstein y depositar sus pertenencias, como era habitual, en el despacho del encargado de seguridad, Serbal se dirigió sin ninguna prisa hacia el piso superior. Era lunes, llevaba descansando todo el fin de semana, y sentía una pereza enorme de tener que volver al trabajo. Mientras subía las escaleras hacia el segundo piso tuvo un escalofrío que le recorrió la espalda. El cielo había estado encapotado durante todo el día, negro como la noche, pero no había llegado a llover. El aire, además era helado, señal de que el invierno estaba ya muy cerca.

Una vez llegó a la habitación de Tiala se encontró, como cada noche, con el terapeuta que hacía el turno anterior al suyo. Cuando este se marchó, Serbal se acercó a la cama en la que yacía chica y cogió la carpeta en la que había el informe del estado de la paciente. La ojeó por encima, echando alguna mirada hacia la muchacha de tanto en cuanto. Serbal no recordaba mucho de la noche en la que había traído la petaca consigo. Pero cada vez que había estado con Tiala desde entonces, le había invadido una enorme sensación de culpa y de vergüenza.

«Todavía no entiendo cómo una sola petaca me afectó tanto», reflexionó mientras ojeaba distraídamente las hojas del informe. Todos los días los documentos decían más o menos lo mismo, pero en una de las últimas páginas algo llamó la atención de Serbal. Se trataba del registro de los cuidadores que habían atendido a Tiala en su lugar durante el fin de semana. Y tanto para viernes, como para sábado como para domingo había la misma anotación.

«Retraso de periodo».

Serbal arrugó el entrecejo, extrañado. Recordaba que el jueves, su último día de trabajo de la semana anterior, era el día en el que Tiala

supuestamente tendría su menstruación, pero no había sido así. No le había dado mucha importancia, pues según le habían dicho sus compañeros, no era infrecuente que hubiera algún que otro retraso. Sin embargo ya eran cuatro días. Aquello no era normal.

«Cuatro no. Cinco».

La compresa que llevaba Tiala estaba tan limpia como si la acabaran de sacar del paquete. Serbal se rascó la cabeza y volvió a colocarla en su sitio junto con el pañal. «Esto es muy extraño», reflexionó el camillero. «Debería avisar a...».

—Oh.

Hubo un flash en su cabeza, y de pronto una oleada de recuerdos le sobrevino. Recordó cómo se había emborrachado, cómo había trepado a la cama de Tiala y cómo había oído su voz respondiéndole. Recordó... recordó cómo le bajó los pantalones tras bajarse los suyos.

—Oh, Dios. Dios, Dios, por favor, no —rogó.

«¿Me corrí dentro?», pensó febrilmente mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—Esto es un desastre. ¡Un desastre, un desastre, joder!

Dio una vuelta en la habitación sin saber exactamente a dónde iba ni qué hacía. En su cabeza había mil voces distintas que gritaban todas al mismo tiempo, histéricas, discutiendo las unas con las otras.

—«¡Una píldora! ¡Hay que darle una píldora!».

—«Ha pasado demasiado tiempo para eso, imbécil».

—«Eres un puto borracho, Serbal».

—«Irás a la cárcel».

—«¡Una puta píldora, joder!».

Serbal se levantó de golpe. El coro de chillidos que había en su cabeza se había atenuado, y aunque seguía sintiendo cómo los latidos de su corazón le retumbaban en los tímpanos, estaba decidido. Salió a toda prisa de la habitación de Tiala y se dirigió hacia el piso inferior de la mansión. Cuando se encontró con el jefe de seguridad en su despacho, le dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Creo que me he dejado la estufa encendida en casa.

El jefe de seguridad le concedió una hora de permiso para ir y volver, tiempo durante el cual otro asistente de guardia le cubriría. Serbal corrió hacia el parking, donde había aparcado su viejo coche, y se montó en él a toda prisa. Arrancó y salió como una exhalación del recinto de la mansión.

Menos de cuarenta minutos después su vehículo cruzaba de nuevo las verjas abiertas del patio exterior. Serbal aparcó y volvió a toda prisa hacia su puesto de trabajo. Mientras corría, sentía en su mano, allá en el fondo de su bolsillo, el envoltorio de cartón que guardaba la píldora anticonceptiva.

Una vez en la habitación de Tiala, despidió al vigilante que le había hecho la guardia con un gesto brusco, ignorando sus preguntas sobre si le había pasado algo a su apartamento y, tras cerrar la puerta, se dirigió a toda prisa hacia la cama en la que estaba ella. Sacó el paquete de su bolsillo y lo abrió con dificultad, pues sus manos temblaban violentamente. Dentro de la cajita encontró un prospecto y un envoltorio de plástico con una única pastilla de color rosa en su interior. Tiró el papel a un lado y presionó la pastilla para hacerla salir.

Sus manos temblaban cada vez más. Con la píldora en una mano, abrió con la otra la boca de Tiala. Depositó la pastilla en su lengua, le cerró la boca, y le sacudió la cabeza hacia arriba, pero cuando le abrió la boca de nuevo, se encontró con que la píldora todavía seguía allí.

Desesperado, se levantó de la cama y dio otra vuelta a la habitación.

—¿Y cómo coño se la hago tragar?

Una idea se iluminó en su cabeza.

—Agua. Agua, necesito agua.

Fue al baño y volvió con un vaso lleno, pero cuando había abierto de nuevo la boca de Tiala y se disponía a verter en ella el líquido, un sonido lo paralizó. Dio media vuelta muy despacio a medida que la puerta de la habitación se abría y una figura familiar cruzaba el umbral.

—Señor Conrad, ¿está usted bien? —dijo la señora Krumm mientras entraba—. Me han dicho que...

Cuando su mirada se cruzó con la de Serbal, la mujer quedó paralizada y muda. El camillero, sin saber qué otra cosa hacer, dejó caer el vaso al suelo y después se dejó caer él. Se hizo un ovillo a los pies de la cama de

Tiala y se puso a llorar desconsoladamente.

—Todos en pie para recibir al honorable juez Basile Grimm —dijo un guardia.

Serbal, como el resto de presentes en la sala, se puso en pie, no sin cierta dificultad a causa de los grilletes que le apresaban pies y manos.

Un hombre enjuto, encorvado y de gesto torvo apareció tras una puerta y se dirigió lentamente al estrado. Vestido con una túnica negra, su cabello, blanco, largo y ondulado, le caía sobre los hombros. De su rostro destacaba su nariz aguileña por encima de unos labios finos y estrechos.

Una vez en el estrado, el juez mandó a los presentes a sentarse, leyó en voz alta los datos del caso que se iba a juzgar y abrió la sesión con un golpe de mazo. Le hizo un gesto a una secretaria que había más abajo, y esta se aclaró la garganta. La mujer leyó un largo texto en el que se detallaban los crímenes de los cuales la fiscalía le acusaba.

«Violación», «abuso sexual» y «negligencia» fueron algunos de los términos que Serbal llegó a escuchar, pero no estaba prestando atención. Prefería mirar por una pequeña ventana que había en el lateral de la sala. A pesar de que no se veía apenas nada, sí podía verse cómo caía la nieve con suavidad, como un manto blanquecino que lo cubría todo.

Desde que lo habían descubierto casi un año atrás intentando hacer tragar una pastilla anticonceptiva a Tiala von Holstein, Serbal pasaba más tiempo perdido en su propio remordimiento que consciente de lo que sucedía a su alrededor. Cuando lo descubrió, la señora Krumm llamó a la policía y se lo llevaron detenido. Aunque había pasado mucho tiempo como para encontrar restos de esperma en Tiala, Serbal había terminado por confesarlo todo.

Cuando la secretaria terminó de leer los crímenes de los que se le acusaba, fue turno del fiscal. Serbal fue llevado al estrado, y el hombre trajeado que esgrimía con vehemencia los argumentos de la acusación se puso a hacerle una pregunta tras otra, pero Serbal no oyó ninguna de ellas ni tampoco las respondió. Al cabo de unos minutos de infructuoso interrogatorio, un guardia lo condujo de nuevo hasta su asiento. Tras eso, con la venia del juez Grimm, el fiscal comenzó a llamar testigos al estrado. Acudieron el jefe de seguridad de la mansión, el joven terapeuta que siempre hacía el turno anterior al de Serbal, y algunos otros

trabajadores que Serbal no recordaba. También acudió el propio conde en persona, aunque aquella era la primera vez que Serbal lo veía. «No tiene aspecto de conde» fue lo único que pensó. La última testigo fue la señora Krumm, la mujer que le había entrevistado y contratado, y Serbal pudo notar, a pesar de que en ningún momento se atrevió a mirarla directamente, sus ojos clavándose en él como dos puñales helados de odio.

Cuando la mujer terminó su testimonio, el fiscal trajeado alzó de nuevo la voz.

—Para finalizar, queremos llamar al estrado a nuestra última testigo, señorita —pidió—. No estaba previsto que acudiera dado su delicado estado de salud, pero finalmente ha encontrado fuerzas para hacerlo.

Al otro lado de la sala se abrió una puerta, y una silla de ruedas empujada por un guardia cruzó el umbral. Sobre ella se sentaba una muchacha, una joven de rostro demacrado y pálido, cabello pajizo y aspecto cadavérico. A Serbal le costó unos minutos reconocerla. Sujetaba en sus brazos dos criaturas envueltas en fardos. Sus ojos claros lo miraban directamente y se clavaban en lo más hondo de su ser.

—Oh —musitó Serbal con voz ronca, pues hacía semanas que no había dicho una sola palabra—. Mi Tiala.

Capítulo 3

¿Qué es Serbal y Tiala?

El relato Serbal y Tiala es un retelling del cuento clásico Sol, Luna y Talía, del escritor italiano del siglo XVII Giambattista Basile. Publicada en 1634 en el libro de cuentos Pentamerón, esta historia supondría la base del popular cuento de hadas La bella durmiente, cuyas versiones más conocidas llegaron posteriormente de la mano del francés Charles Perrault en 1697 y de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm en 1812. En 1959 el estudio cinematográfico Walt Disney Pictures popularizó la historia a nivel mundial con el lanzamiento de la película animada La bella durmiente.

A diferencia de las versiones posteriores de la historia, principalmente enfocadas a un público infantil, Sol, Luna y Talía se dirige más bien a un público adulto. Carente del "endulzamiento" que tanto Perrault como los hermanos Grimm imprimirían en sus propias versiones, la de Basile es mucho más cruda y trata temas mucho más duros como la violación, la infidelidad conyugal, el canibalismo y la necrofilia.

La premisa de la historia es similar en todas sus versiones: a una princesa, hija de un rey, se le vaticina un gran peligro a causa de una espina de lino con la que se pinchará. Su padre decide prohibir la entrada a su castillo de cualquier material que pudiera poner en peligro a su hija y que así se cumpliera la maldición, pero es inútil. La muchacha termina clavándose una astilla envenenada y cae dormida (a diferencia de las otras versiones, en las que se sabe desde el principio que está dormida, en la versión original de Basile se la da por muerta). El rey, desconsolado, deja a la princesa en una habitación del castillo y decide abandonarlo.

Tiempo después, un rey encuentra el castillo abandonado mientras caza, y encuentra dentro a Talía. Aquí se da uno de los grandes puntos de diferencia entre el cuento de Basile y las versiones posteriores; mientras que tanto para Perrault como para los hermanos Grimm el rey (un príncipe en sus historias) besa a la princesa para sacarla de su embrujo, en Sol, Luna y Talía la viola, dejándola embarazada, y se marcha.

Sin despertar de su letargo, Talía da a luz a dos niños con la ayuda de las hadas, Sol y Luna, que en su búsqueda del pecho de la madre, maman su dedo extrayendo así la astilla envenenada que se había clavado y ella despierta. Talía comienza una nueva vida en el castillo abandonado junto con sus dos hijos, hasta que el rey que la dejó embarazada vuelve y se los lleva a su reino. Allí Talía entra en conflicto con la reina, pues el rey resultaba estar casado. La reina intenta que Sol y Luna sean asesinados y servidos como cena al rey, pero el cocinero termina por apiadarse de los

niños y los sustituye por carne de cabra. También trata de lanzar a Talía al fuego, pero finalmente el rey, al enterarse de sus planes, manda quemar a su mujer y termina por casarse con Talía.

Capítulo 4

Conoce a los autores

A continuación os dejo el listado de autores que han participado de este proyecto. Ellos subirán sus relatos en algún punto entre marzo y abril a la red social WATTPAD, así que sentíos libres de revisar sus perfiles en esa plataforma de vez en cuando para poder leer sus historias, ¡están geniales!

Y si cuando entreis en uno de estos perfiles veis que el autor todavía no ha colocado su retelling, podéis seguirlo y así os llegará la notificación. Reconoceréis la historia porque tendrá la misma portada que la mía pero con un título diferente.

Elías Saavedra @zilumg

Ludmila Ramis @CreativeToTheCore

Enya Reynoldi @enyarey

Nathalia Tórtora @uutopicaa

Lucía ZigZag @L-ZigZag

Naiara Philpotts @naiiphilpotts

Claudette Bezarius @Clau125

Natalia Memetow @Maggmon

Gabriela Montilla @gabyaqua

Jonatán Escamilla @Jonfantasy

Lucía Navarro Luna

Noëlle Stephanie @NoelStephanie

Por último, créditos por la hermosa portada a Vanessa Simons
@PandoraAnghel